

el tren
no va hacia
el mar,
va hacia
el verano

J. R. J.

cuento

por FRANCISCO UMBRAL

DESCUBRIMIENTO DEL MEDITERRANEO

Una hermosa chimenea en forma de embudo soltó una nube muy negra de humo entre las nubes blancas, y todo el tren —«el monstruo de aceros», diría al día siguiente el cronista local— tuvo un estentor antes de ponerse en marcha. Hubo en el aire un alto espejo de chisteras y un blando fragor de sombrillas. Todo el andén era un adiós bullicioso. En cada ventanilla del tren se despedía un guante blanco. «No encontramos palabras para describir aquel momento», escribiría al día siguiente el cronista local. Porque, efectivamente, no

las encontraba. Si bien es verdad que tampoco las buscaba demasiado.

—Que se santigüen esas niñas.

—¿Os habéis santiguado todos?

—No se debe emprender un viaje como éste sin haberse santiguado convenientemente.

En el alto vagón, traspasado de sol, las niñas se santiguaron graciosamente bajo las grandes pamelas. Sus manecitas —los dedos cruzados— eran como rosadas mariposas volándoles sobre el rostro. En el alto vagón, encendido de sol y ropas de colores, se per-

signó la señora de la casa, grave y atenta, devota y un poco sofocada, sobre su casta frente y su recta nariz de litografía. Sobre la boca menuda y las amplitudes pectorales.

—¿Y usted, Gaetano?

Gaetano, el fiel Gaetano, trazó el hermoso signo de la cruz con mano hortelana y temblona, sobre sus facciones de barro popular, de la hendida frente recocida a la noble barbilla de camarero vaticano.

El trencito había tomado una carrerilla bronquítica y alegre saliendo ya de la ciudad. Su humo iba ennegreciendo los emparrados de las últimas huertas y el oro de los primeros trigales.

—¿También usted se ha santiguado, don Rufino?

Don Rufino, el pálido joven de barba elegante y un poco siniestra, seguía en la tarea de abrocharse el barbuquejo de la funda de dril con que se protegía la chistera del polvo y el humo. Hizo una reverencia a la señora, se santiguó con mano de poeta o de tahir y luego sonrió brevemente a doña Clara, la niña Clara, su amor. Doña Clara, hija de doña Clara, le devolvió la sonrisa.

—¿Qué hermosos veo los trigos de las de Gómez!

—¡Cuidado con esa ventanilla, niñas!

—¿No podemos asomarnos, mamá?

—Sólo cuando estemos en pleno campo, para disfrutar del paisaje.

—¡Mirad aquel buen hombre, cómo cabalga en burro!

—Por favor, qué palabras son ésas en una señorita...

—Perdone usted, mamá. ¿Cómo he debido decir?

Doña Clara se abanicó breve e intensamente. No estaba muy segura de qué palabra debiera emplear una señorita en lugar de «burros». Pero sí lo estaba, en cambio, de que «burro» no era palabra biensonante en labios de persona instruida.

—Don Rufino, que es caballero de muchos estudios, puede informaros y lo hará con mucho gusto —resolvió doña Clara.

Las tres pamelas se volvieron hacia don Rufino. Clara, bajo la suya, contempló con admiración al caballero, esperando que hablase como sólo él sabía hacerlo. Don Rufino estiró la barbilla dando a entender que le seguía molestando el maldito barbuquejo. En realidad, con este gesto disimulaba su momento de vanidad halagada por doña Clara, madre de doña Clara. Sonrió y dijo:

—Bueno, pueden ustedes utilizar otras



DESCUBRIMIENTO DEL MEDITERRANEO (cuento)

palabras más cultas, como rucio, asno e incluso borriquillo, que es un gracioso diminutivo de burro.

Había en todo el vagón un sofoco de ropajes y colores. El tren, más que hacia el mar, iba hacia el verano. Hacia el verano. Uno de los primeros veraneos de la historia, quizá. Las damas y las damitas que llenaban de sedas y perfumes todo el tren, estaban excitadas porque iban a hacer su descubrimiento del Mediterráneo. Pronto tendrían su primer idilio con el mar antiguo y varonil. Sólo él las vería con sus vestidos de baño. Y —¡qué horror!— alargando un gran ojo azul con córnea de espuma, quizá llegase a verles las cintas de ropas más íntimas por la rendija de sus tiendas de lona playera, listadas en rojo y azul, en blanco y negro, en negro y marrón, en verde y blanco...

—¿Y está muy salado el mar Mediterráneo?

Por aquellos días —mediado el año 1857— *El Museo Universal* se ocupaba en su folletón de la máquina de vapor. De máquinas como aquella que llevaba hacia el mar a un circunspeto a la par que alborozado contingente de damas de polisón y caballeros con guardapolvo de viaje sobre la levita.

«Sería una omisión imperdonable en un periódico como *El Museo*, que se ha propuesto dejar consignadas en sus páginas las grandes manifestaciones del espíritu humano y los pasos que ha dado la humanidad en la senda de sus inmortales destinos, no ocuparse de la historia de la máquina de vapor, de la historia de esa concepción prodigiosa que está transformando el universo, que rivaliza, quizá con ventaja, con la misma imprenta y con los más portentosos descubrimientos que se deben al genio de los navegantes que descubrieron nuevos mundos para que la civilización se los asimilase, de esa concepción que formaría, por sí sola, la apología de nuestro siglo si su historia no estuviese formada por una generación sucesiva de ideas que arrancan desde los siglos más remotos. En efecto, no hay siglo ni hay casi nación que no tenga derecho a reivindicar para sí una parte de la gloria que cabe a nuestra época por haber sido la primera que ha aplicado a la navegación, a la locomoción, a todas las industrias, la fuerza expansiva del vapor con que se han suprimido las distancias, con que se han dado alas a la humanidad, con que se ha universalizado todo lo que era antes tópicos y circunscrito, con que se ha obligado al género humano a describir una de las más importantes evoluciones para acercarse a la unidad a que tiende desde que el mundo es mundo a pesar de todos los antagonismos que a ello se oponen, con que, en fin, se ha dotado a la humanidad de una nueva y más vigorosa musculatura.»

—Don Rufino, explique usted a las niñas, por favor, si está especialmente salado el mar Mediterráneo.

Don Rufino dedicó a doña Clara, madre de doña Clara, otra breve inclinación de cabeza, llevándose una mano al ala de la chistera, que no se podía quitar por impedírselo el barbuquejo de la funda.

—El Mediterráneo —empezó— no es un

mar especialmente salado, aunque sí especialmente picante...

—¡Picante ha dicho! ¡Picante!

—¡Qué ocurrencia, don Rufino!

—¡Muy ingenioso, señorito!

Las dos hermanas —Clara y Marta— y su prima Irene estaban radiantes de rubor dentro del halo acañonado que orlaba sus rostros. El fiel Gaetano reía para dentro la salida del pisaverde. Doña Clara, madre de doña Clara, volvió a abanicarse de modo breve e intenso:

—Su ingenio puede llevarle demasiado lejos, don Rufino.

—He dicho picante, y he aquí que quiero explicarlo. El Mediterráneo es el mar de la mitología, del paganismo, de Ulises y las sirenas, de los amores entre los dioses y las diosas...

Don Rufino estaba brillante. Por aquellos días *El Museo Universal*, de Madrid, seguía diciendo sobre la máquina de vapor:

«*Nihil per saltus*. Ningún progreso humano confirma tanto la verdad de esta sentencia como la máquina de vapor, porque es el enlace de muchas ideas de primer orden que no podían caber en un solo cerebro. Ocupándonos de ella, no hallaremos sólo un inventor, sino muchos inventores, y este trabajo no tiene más objeto que determinar la parte de gloria que en tan atrevida concepción corresponde a cada época. Desgraciadamente, si bien *El Museo Universal* no puede dejar de reservar algunas páginas a una invención que podría, por sí sola, satisfacer el orgullo de la humanidad entera, se necesitarían muchos libros para contener las reflexiones que nos sugiere cada paso que se ha dado para acercarse al término final de la invención por una serie de ilaciones de ideas que nos permiten ver en la máquina de vapor la suma de muchos esfuerzos tradicionales, la síntesis del ingenio humano y el último resultado de los trabajos de todos los siglos...»

—¿Adónde irá usted a parar con todo eso, don Rufino? Los dioses y las diosas no me inspiran ninguna confianza.

—Doña Clara, estoy hablando a las niñas de Ulises, uno de los grandes mitos de la humanidad. Y digo mito...

—Un calavera es lo que era ese Ulises.

Y doña Clara, madre de doña Clara, se abanicaba obcecadamente, dispuesta a seguir ignorándolo todo sobre Ulises y los dioses antiguos, a quienes tenía por bastante desvergonzados, de verles casi siempre desnudos en el techo de los salones.

—Ya que hemos consentido en que nos acompañe usted en este viaje, compartiendo el mismo vagón que Clarita, sólo como homenaje a la memoria de su noble y difunto padre, le ruego, don Rufino, que no escandalice a las niñas con su conversación liviana.

—Doña Clara...

Clarita miraba a su galán con amor redoblado por la velocidad del tren. Marta e Irene descubrían continuos motivos de asombro en el paisaje. Gaetano, que había sido autorizado a viajar en el departamento a fin de que estuviese pendiente del equipaje, pidió permiso para salir a fumar a la plataforma. El tren corría por los campos apes-

tando el paisaje con su chimenea en forma de embudo. Era el verano de 1857. Unas cuantas cabecitas locas y unos cuantos petimetres complacientes iban a vivir la aventura del mar. Su descubrimiento del Mediterráneo. La excitante experiencia del verano y el veraneo.

«La máquina de vapor nos parece superior al ingenio de los hombres y no comprenderíamos cómo ha podido inventarse si no conociésemos la serie de ideas sucesivas que enlazan a Fulton con Heron de Alejandría. Acabamos de pronunciar el primer nombre que la historia de la máquina de vapor tiene escrito en sus anales, y este nombre pertenece al último siglo que precedió a la era cristiana. Una simple olla, un caldero cualquiera, que constituye el más antiguo y sencillo de nuestros aparatos culinarios, pudo revelar al hombre la fuerza motriz del vapor y ser el origen de las primeras observaciones. Heron de Alejandría, que nació unos 120 años antes de Jesucristo, conoció ya la fuerza expansiva del vapor, y en su tratado, llamado *Pneumática*, nos enseña los varios procedimientos de que se valía para engendrar, por medio del vapor, la fuerza motriz que en tan inmensa escala explota hoy nuestro siglo. Describe perfectamente dos aparatos en que pone en acción la fuerza motriz del vapor de agua, y otros muchos en que empleó como motor el aire calentado. Poco importa que aplique su ingenio a simples juegos; lo cierto es que se vale para producirlos de corrientes de vapor o de aire. Por medio de un chorro de vapor hace bailar una ligera bola...»

Acababa de llegar de París la descripción de los últimos modelos femeninos exhibidos en el paseo de Longchamps. Modelos y figurines que pronto se verían también en el madrileño paseo del Prado. Capotas a la inglesa o a la princesa de Gales. Sombreros de paja calada, de formas más ligeras y graciosas que en años anteriores.

—¿Y en trajes de señora?

—Creo que no se ha visto más mudanza importante que la de las mangas. En brillantinas se lleva la seda con dibujo a cuadros.

—Y en muselinas —intervino don Rufino que era un hombre al día en cualquier materia—, las listadas de realce. También se llevarán organdies bordados de dibujo blanco sobre fondo del mismo color.

—Ya era hora de que ustedes, los caballeros —le dijo Marta a su futuro cuñado—, empezasen a aplicar su sensibilidad a estas cosas de la elegancia femenina. Llevan ustedes años sin hablar de otra cosa que de la vacuna y de todo eso que da tanta vergüenza.

—¡Niña!

—Perdón, mamá.

Clara y su prima hablaban entre ellas. Luego la conversación volvió a generalizarse.

—Don Rufino, ¿cómo se dice en francés armadura dinamarquesa?

—Armure danoise —pronunció don Rufino, alabeando la boca de una forma que hizo considerarse a Clarita, interiormente, en pecado mortal.

—Es un tejido recamado de cachemira y seda.

—¿Y Danae?

—Seda listada.

—Amaltea?

—Pelo de cabra muy ligero con dibujo de cuadritos.

—También van a llevarse, como traje de paseo, las gasas sultanas estampadas y listadas.

—Me muero por las gasas sultanas —intervino doña Clara.

—¿A qué le llaman Pekín Gótico?

—A un conjunto de gusto chinesco.

—En las telas para sombreros y capotas se ven muchos dibujos de arabesco.

Las *fashionables* damitas le daban vueltas al saco de las modas. El tren corría y corría. Gaetano fumaba su tagarnina apoyado en la ventanilla y pensando, a la vista de las gentes que trabajaban en el campo, en su lejana juventud labradora. Mejor que andar siempre entre las muselinas y las amalteas de las dueñas, como un afeminado, hubiera preferido envejecer allí, sobre los surcos.

Don Rufino no fumaba por no molestar a las damas. Clarita se había entredormido sobre el hombro de su prima Irene y tenía en el rostro la última sonrisa que le dedicara al galán, como una moribunda, antes de entrar en el sueño. Marta e Irene conversaban a media voz. Doña Clara combatía la soñarra —había que estar siempre vigilante— con golpes de abanico. Don Rufino, por distraerse, abrió un periódico y fue pasando la vista sobre las páginas de minuciosa tipografía. «Anuncio. *Lucrecia Borgia*. Drama nuevo en cinco actos, traducción del que con igual título escribió en francés el célebre Víctor Hugo. Esta interesante composición, que tantos aplausos ha recibido en sus muchas representaciones, se vende impresa a cinco reales, en Madrid, en la librería de «Escamilla», calle de Carretas, donde se halla la colección de comedias modernas, y las recientemente publicadas cuyos títulos son: *Blanca de Borbón*, *Incertidumbre y amor*, *Matilde o la América del Norte en 1775*, *Un tío en Indias*, *Partir a tiempo*, ¡*Un liberal!*».

—¿Y usted ha pensado ya de qué modo va a administrar las rentas que le ha dejado su noble padre, que en gloria esté?

Doña Clara, madre de doña Clara, tenía aquella manera de entrarle de pronto a la gente. Don Rufino dio un respingo detrás del periódico. Luego lo dobló despacio. No era cosa de explicarle a doña Clara, madre de doña Clara, que las rentas de su difunto y noble padre, que en gloria estaría, sin lugar a dudas, eran harto menguadas. Y que la mejor administración que podía dárselas era comprarle un terno y un tronco de caballos —si llegaba para tanto— con que encandilar a doña Clara, madre de doña Clara, y a doña Clara, hija de doña Clara. Para matrimoniar seguidamente y seguir viviendo.

—Porque usted era como un poco liberal...

—No lo crea, doña Clara. Simple curiosidad juvenil. Simple inquietud política de los pocos años...



—Pues usted ya no es un niño. Se acerca a los veinticinco, que tengo yo muy bien echadas las cuentas de su familia. Pero, volviendo a lo de las rentas...

—Estudiar. Viajar. Deseo seguir viajando y estudiando.

Don Rufino hizo un ademán vago y decadente que encerraba en su mano toda la redondez del atlas y lo ponía en movimiento.

—Ya sabe usted, doña Clara —y sonrió—, que quiero hacerme una cultura.

—Cultura, sí. Eso viene después. Lo primero es fundar un hogar digno.

«Por mí...», estuvo a punto de exclamar don Rufino. Pero se contuvo a tiempo. Hubiera sido una contestación alarmante.

—Por supuesto —dijo.

Había sombrillas como velas al viento en algunas plataformas entre vagón y vagón. Al oro de los trigales había sustituido en el paisaje una fiesta verde de árboles frutales y variados cultivos. Algo premarítimo venía ya en el aire. La negra locomotora bebía los vientos del Levante. Cuando el abanico de doña Clara se dio por vencido, ésta echó un sueñecito en su rincón del

DESCUBRIMIENTO DEL MEDITERRANEO

coche. Marta e Irene le pidieron a don Rufino el periódico para hojearlo juntas. Don Rufino se llevó a doña Clara, casi dormida todavía, a la plataforma donde estaba Gacano fumando, haciéndole a éste un guiño confidencial para que les dejase solos.

—Quiero recitarle a usted un soneto que me he permitido dedicarle.

—¿Otro soneto?

Doña Clara estaba asombrada. Admiraba cada vez más a su amor. Hacía algún tiempo que él le leyera un bello soneto, caligráfico en papel de china. Y ahora había escrito otro. Doña Clara no comprendía que se pudiese escribir más de un soneto en la vida.

—Pues sí. Lo título...

—¿Tiene título y todo?

Clarita, hija de doña Clara, se sujetaba, con sus puras manos, el pelo y la pámela. Soplabla un fuerte viento en la pasarela.

—Lo título «Brevedad de la vida».

—Oh...

El soneto sonó, un poco deshojado por el viento, en la voz de don Rufino, que casi tuvo que recitarlo al oído de su amada para que no se perdiese una sola rima entre el fragor de las ruedas del tren.

*Hundiose el sol de ocaso en niebla oscura.
Le seguirá la tempestad mañana.
Y la tarde, y la noche que engalana,
su negro manto en rica bordadura.*

*En pos vendrá, con virginal blandura,
vestida el alba de jazmín y grana;
y otro día, otra noche, otra semana,
del tiempo leve en la voraz presura.*

*Y pasarán por monte y selva y cuanto
dispensa al mundo el cielo en su largueza,
con nuevo lustre siempre y nuevo encanto.*

*Mas yo, inclinando en breve la cabeza,
yerto me iré de entre prodigio tanto,
sin que un átomo falte a su grandeza.*

Doña Clarita, hija de doña Clara, estaba boquiabierta. Y estornudó.

—Perdone. Me estaba constipando el viento que hace en esta plataforma.

Pero lo cierto es que doña Clarita estornudaba siempre que don Rufino le leía una poesía, bien fuese propia o de Víctor Hugo.

—¿Es este soneto de Víctor Hugo?

—Por favor, Clarita, le he dicho a usted que es mío y que lo he compuesto en su honor.

—Claro, qué tonta.

Pero el soneto era de don Francisco de Laiglesia y Darrac. Aquel don Rufino no tenía escrúpulos. Era un hombre dispuesto a ganarse la dote de doña Clarita, hija de doña Clara.

—Ahora que mamá duerme, ¿querría usted seguir hablándome de la antigüedad y de todo lo referente a ese hermoso mar que vamos a conocer?

Buscaron hueco para ambos en un rincón de la plataforma. Don Rufino protegía a su dama del fuerte viento, y ella se dejaba estar en el brazo de don Rufino.

—Es el mar de los griegos y del arte. El mar que todavía contemplan las estatuas de Fidas y Praxiteles.

—¿Fidas y Praxiteles?

—Sí. No cuenta la historia de las bellas artes época tan gloriosa como la transcurrida desde el nacimiento de Fidas hasta la muerte de Praxiteles, período en que se encierra todo el engrandecimiento del arte griego. Cosa cierta es también que ninguna de ellas atesoró en este tiempo tanta gloria como la escultura. Llega el arte por la mano de Fidas a su mayor fuerza y vigor en la Minerva del Parthenon y...

—¿Está desnuda esa Minerva?

—Doña Clara...

—Lo que yo quiero saber es por qué los griegos, siendo tan cultos, andaban siempre medio desnudos. Nosotros, en cambio, vivimos agobiados por las modas que llegan de París, que cada temporada exigen más tela en los figurines. ¿Es que somos nosotros más cultos que los griegos?

—Al menos, más civilizados.

—¿Y qué diferencia hay entre una cosa y otra?

—Los griegos, por supuesto, no conocían esta maravilla de la máquina de vapor. El tren. Un tren como este que nos lleva al mar Mediterráneo.

—Pero conocían el mar Mediterráneo. Lo habían descubierto muchos años antes que nosotros. Nosotros, en cambio, lo vamos a descubrir ahora, veinte siglos después.

—Treinta, doña Clara. Pero es usted una jovencita de ideas demasiado progresistas.

—Si supiese mamá que estamos aquí, hablando de los dioses griegos...

...

Era el mar. El mar, a lo lejos. El mar, cada vez más cerca. Como un camino azul, paralelo a la vía del tren. Las sombrillas, las pámelas y las chisteras saludaban al mar desde las ventanillas. Pocas horas más tarde, los primeros botines y las primeras botas femeninas de tacón alto pisarían con timidez y alborozo la arena de la playa, hasta la orilla azul y blanca del mar, hasta el delgado límite del agua. Don Rufino, sentado en una silla de playa, lejos de las olas, contemplaría aquella invasión, aquel descubrimiento del Mediterráneo por los polisones y las levitas, que llegaban, a través de los siglos, después de los fenicios, los griegos y los cartagineses. Después del ibero de pantorrilla frondosa.

Don Rufino, heredero sin herencia, intelectual y pisaverde, poetilla y petimetre, un punto liberal, veía civilizaciones arribando a aquella playa. A aquellas playas. Veía ahora a las tres gracias —Marta, Irene y Clara, su Clara— desaparecer dentro de las casetas de baño, de donde resurgirían con su atuendo de buzos para tomar el primer baño de la temporada. El primer baño de la historia.

(Ilust. Gil de la Serna.)



¡SUSCRIPTORES DE «VIA LIBRE»!

ATENCIÓN A LA ONZA DE ORO A LA CORTESIA

Con el número anterior de VIA LIBRE hemos distribuido el folleto anunciador de este concurso instituido para premiar aquellas sobresalientes virtudes de cortesía que con tanta frecuencia se dan en los ferroviarios y por

las que recibimos a diario innumerables muestras de agradecimiento de los viajeros, así nacionales como extranjeros.

El gran concurso de VIA LIBRE

ONZA DE ORO A LA CORTESIA

está ya en marcha y esperamos nos envíen los modelos y propuestas de acuerdo con las normas del folleto anunciador. No dejen de

participar en este concurso para señalar con sus votos a los agentes de la Red que les parezcan más merecedores del premio

ONZA DE ORO A LA CORTESIA

Ya saben ustedes que el primer concurso se fallará a fines del presente año 1964, y que consiste en el otorgamiento de siete onzas de oro, una por zona. Cada onza supone, además, diez días de estancia en un hotel de primera categoría para el agente premiado y

un acompañante en la ciudad española que elijan.

Aunque en cada uno de los ejemplares correspondiente al número de julio de VIA LIBRE iba enartado el folleto anunciador del concurso

ONZA DE ORO A LA CORTESIA

en el supuesto de que alguien no lo haya recibido, puede solicitarlo de la Administración de VIA LIBRE, Apartado 14.419, Madrid.